

PALABRAS DE JOSÉ MANUEL CORTÍNEZ EN CEREMONIA DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS
4 DE AGOSTO DE 2010

Recuerdo, hace muchos años, la primera vez que estuve en una ceremonia donde hubo un reconocimiento a quienes cumplían 35 años en el Colegio, como ahora sucede con nosotros: me pareció algo lejano y ajeno, que convocaba a testigos del pasado, del pasado de la arquitectura y del país.

Y aquí estamos... Luego del shock provocado por la carta del Colegio en que nos notificaba del tiempo transcurrido, nos damos cuenta de que aquella visión inicial era sólo una imagen estereotipada. Que el tiempo transcurrido, por sí mismo, no implica méritos ni menoscabos. Que sólo importa cómo lo vivimos, cómo lo aprovechamos, cómo aportamos, cómo lo disfrutamos, cómo disfrutamos aportando con lo que sabemos hacer.

Subrayo que disfrutamos porque el nuestro es un oficio de privilegios.

La arquitectura es licencia para crear, es eso lo que se espera de nosotros y lo asumimos como norma para enfrentar lo que hacemos en distintos ámbitos, no sólo en el diseño de proyectos. Ése es un privilegio.

Además, aprendemos a educar el ojo para apreciar con placer lo que no es evidente en el entorno, lo esencial de las formas y el espacio entre ellas. Ése es otro privilegio.

Esa clave para observar y esa licencia para crear son puntos de arranque para cultivar una actitud más libre. Por razones similares, Bertrand Russell decía que los científicos y los artistas son los seres más felices. Yo agrego que los arquitectos también tenemos esa vocación... otra cosa es qué hacemos con ella.

Hace un mes se realizó un encuentro en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile en torno a la historia y las transformaciones experimentadas por una obra emblemática que ha tenido muchos nombres y destinos: la "UNCTAD", el "Diego Portales", hoy el "Centro Cultural Gabriela Mistral".

Inaugurado en nuestra época de estudiantes, está por reinaugurarse en septiembre, casi coincidiendo con este momento. A lo largo de un período similar al de nuestra trayectoria profesional, ha tenido cambios arquitectónicos muy asociados al azaroso tramo de la historia del país que nos ha tocado vivir.

Lo traigo a colación precisamente porque es testigo y protagonista de los grandes cambios vividos en nuestra profesión y en el país. Afortunadamente, como expresión positiva del actual momento de nuestra arquitectura y de nuestra democracia, ahora se apresta a mostrarnos una versión más luminosa, de apertura cultural y de apropiación ciudadana.

Así también, nuestra profesión ha ido pasando del ensimismamiento a circunstancias actuales cada vez más desafiantes, en especial por la apertura a la sociedad de temas que, hasta no hace mucho tiempo, convocaban no más que a arquitectos, y sólo a algunos:

- el debate ciudadano sobre el destino y crecimiento de la ciudad,
- la discusión recurrente sobre obras singulares y su impacto en los barrios,
- el interés generalizado sobre la calidad arquitectónica de las viviendas sociales,
- la reflexión sobre la identidad y el patrimonio arquitectónico de localidades abatidas por el terremoto

Vivimos un momento desafiante, vivo, lleno de futuro: ¡Allá vamos, a vivir el futuro!